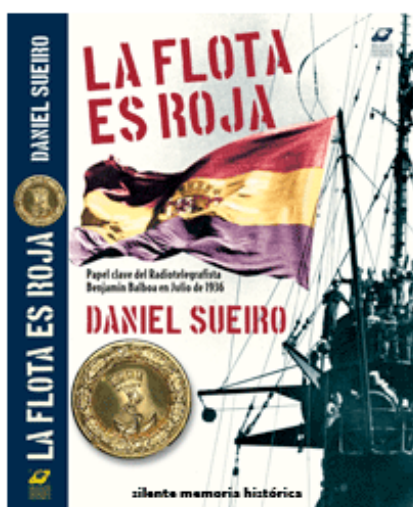


Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil.

Pedro A. García Bilbao
Universidad Rey Juan Carlos 17/03/2009



Entre los documentos cuidadosamente ordenados que aparecían al inicio de la pila había una hoja sencilla, escrita a máquina y corregida a mano. La nota decía: «*La preparación de este libro comenzó en el año 1967 en Madrid y México D.F. Fue escrito en Madrid y El Puerto de Santa María entre el día 15 de mayo de 1981 y el 15 de enero de 1982*». El archivo de fichas, documentos originales, en copias o transcritos, las fotos, los materiales de investigación reunidos para su investigación resultaba impresionante. Daniel Sueiro (1931-1984) era un hombre concienzudo, organizado, con una gran voluntad de trabajo y con una excelente formación que le capacitó perfectamente para ese tipo de tarea; la escritura de «*La Flota es roja*» le llevó unos meses de entrega total, casi absoluta, pero la labor previa reuniendo bibliografía, testimonios, información, materiales de todo tipo, consultando

archivos casi infranqueables o localizando y cruzando datos fue algo que le llevó años. El conjunto del archivo que Sueiro construyó es la mejor prueba de su buen hacer.

En los primeros años del siglo XXI, más de veinte años después de la primera edición del libro de Sueiro, la bibliografía existente sobre la Armada en los años de la Guerra Civil Española (GCE) ha aumentado notablemente y el estado de la cuestión alcanzado permite ya tener una buena visión de conjunto¹; cierto, pero que en el ámbito del especialista académico se conozca hoy razonablemente lo sucedido en aquellos años de la GCE, no implica necesariamente que entre la opinión pública y aún entre muchas personas supuestamente bien informadas, no sigan circulando las simplificaciones y falsificaciones surgidas en décadas de dictadura y años de olvido y desmemoria. En ciertos entornos, se mantienen todavía vigentes todo tipo de ideas falsas y mitos absurdos sobre el papel y circunstancias de la Armada en la GCE. Si tenemos en cuenta que los golpistas de 1936 ganaron su guerra, ganaron la dictadura y condicionaron la transición, logrando en ella la impunidad, no deberíamos extrañarnos. Fueron los golpistas los que durante décadas reescribieron los hechos a su manera y lo hicieron desde los puestos de poder que la victoriosa sedición de 1936 les brindó. Convirtieron en mártires a los que pagaron con sus vidas su traición a la nación y desterraron al olvido a los que arrojaron a la muerte por mantenerse leales a la República Española y hoy, cuando la luz penetra el muro de oscuridad de

¹ Un autor que ha tratado con rigor este tema es J. Alpert . En una famosa monografía —con gran uso de fuentes secundarias pero con una buena visión de conjunto— y orientada sobre las grandes líneas del conflicto en su vertiente naval, el prestigioso historiador británico acude, entre otros, a Daniel Sueiro en la obra que nos ocupa, cuando desea precisar detalles sobre acciones o buques en el inicio del estallido. Alpert, J. *La guerra civil española en el mar*, Crítica, Barcelona, 2008 [1ª en 1987]

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

tantos años de desmemoria, sorprende que todavía tengamos que seguir combatiendo para poder llamar a las cosas por su nombre. Daniel Sueiro fue uno de los primeros en hacerlo y lo hizo con rigor y profesionalidad en una época en la que intentar ser objetivo podía llevarte a la cárcel.

La historiografía de la GCE se vio entorpecida en su desarrollo histórico por la naturaleza del desenlace de la guerra: destruido el estado de derecho, aniquiladas las libertades, purgada la universidad y la escuela, durante dos generaciones no fue precisamente fácil emprender tareas de investigación histórica en temas tan sensibles como la historia reciente y mucho menos sobre la historia de la guerra civil en el mar. Durante años se publicaron y divulgaron sin posibilidad de contestación pública los discursos golpistas —o legitimadores del golpismo— bajo diversas formas, pues la sociedad, la escuela, la milicia, todos los ámbitos sociales quedaron inermes ante el nuevo régimen. En el ámbito de la Armada Española, donde la intensidad de la represión ejercida sobre los golpistas había sido muy alta, las redes familiares de los vencedores practicaron y vivieron una mística del martirio que se prolonga en muchos casos hasta el presente.

En el caso de obras realizadas desde el ámbito naval, como *«Alzamiento y revolución en la marina»*, de José Cervera Pery, investigación auspiciada por el Estado Mayor de la Armada, un trabajo solvente y muy documentado por otra parte, podemos observar cómo todavía en 1978, a un historiador naval español le resulta poco menos que imposible asumir una condena clara del golpe de estado de 1936, perdiéndose en disquisiciones sobre la pertinencia de los términos «alzamiento» y «revolución», optando claramente por comprender y justificar la acción golpista, dando por ciertas algunas de las justificaciones absurdas que éstos dieron en su momento. Esto no significa que no se haya producido un movimiento en el tratamiento historiográfico oficial del asunto, pues para entonces se había abandonado la retórica reaccionaria de la «guerra de liberación» o la «cruzada», evolucionando hacia una pretendida equidistancia en la que se pretendía pasar página tomando como un hecho doloroso pero necesario e inevitable el golpe de estado. El golpe de estado de julio del 36 se presenta en esta posición como una especie de suceso natural, como algo meteorológico o geológico, inevitable y ante el cual habría que situarse personalmente sin que hubiera lugar a responsabilidades criminales si la opción personal fuera la de unirse al movimiento. Son todavía muchos los que olvidan que defender públicamente valores democráticos como los que hoy son la base de nuestra convivencia y tienen su amparo en la constitución vigente en la actualidad, hubiera bastado para llevarles ante un pelotón de ejecución a cualquiera en 1939.

Para poder «encajar» el discurso del pasado franquista en la propia vida actual, en la que el estado de derecho y los valores democráticos rigen de nuevo, son muchos los que han abrazado la salida ofrecida por el franquismo sociológico y las ideas preconcebidas que destiló durante décadas el régimen. El golpe y la guerra fueron «inevitables» por el hipotético desgobierno republicano y por la supuesta existencia de una sublevación comunista inminente. Da exactamente igual que tales acusaciones fueran falsas y completamente infundadas, los que legitiman el golpe necesitan así creerlo, pues de lo contrario estarían teniendo que asumir el carácter criminal de aquellas actuaciones. El responsable directo del inicio del baño de sangre que vivió O Ferrol, con cientos de marinos, militares, civiles, cargos públicos, asesinados entre 1936 y 39, además de urdir la trama que arrebató a España una base naval vital para la defensa y seguridad de la república, el entonces Capitán de Navío Francisco Moreno Fernández, puso por

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre ¡*La flota es roja!*!, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

escrito la versión canónica del revisionismo franquista que hoy, en pleno siglo XXI, se resiste a desaparecer. En su libro «*La guerra en el mar (hombres, barcos y honra)*» (Moreno Fernández, S., 1959) los heroicos jefes y oficiales —nos dice Cervera Pery—, llevados por su sentido del deber y amor a España, logran dominar «*la insurrección preparada por suboficiales, cabos y buena parte de la marinería*», en un contexto en el que el gobierno legal habría sucumbido al extremismo «*marxista*», lo que les habría liberado del compromiso de lealtad al que estaban obligados los militares.

Fruto de uno de los arquitectos del golpe y escrita en plena dictadura, no debe sorprendernos el grado de manipulación ideológica y ocultación de hechos en el que se basa esa obra de Moreno, pero lo que sí resulta más difícil de explicar es que todavía en 2008 (¡¡30 años después de su monografía de 1978!!), el historiador naval Don José Cervera Pery² pese a destacar siempre por su búsqueda del rigor profesional en sus empeños historiográficos, para enmarcarla emplee la expresión «*testimonio directo*», así, sobriamente, mientras que la obra de M. Benavides «*La flota la mandan los cabos*» (Benavides, M. 1944 1ª) sea presentada como expresión de «*rencor histórico*», pese a estar «*bien documentada*», como no duda en reconocer. Parece causarle un problema el que los cabos aparezcan en el título de la obra de Benavides, pues tanto en su trabajo de 1978 como en el de 2008, insiste en que la misión de los cabos es «obedecer»; ciertamente, y el de los jefes y oficiales también, decimos nosotros, siendo lo realmente triste que en una Armada tan orgullosa de sus tradiciones, ante la sedición mayoritaria de la oficialidad —con escasas excepciones— tuvieran que ser marinería y suboficiales los que se vieran obligados a actuar. Ni el propio Benavides hubiera dudado en calificar su propia obra como apasionada, lo que no le impidió un grado de acercamiento a los hechos y un lenguaje directo que es el que está en la base de las ampollas que su texto sigue provocando a los que han interiorizado como propias las justificaciones de los golpistas, equidistantes, revisionistas o cualquier otra variante actual del franquismo sociológico. La obligación y el deber de todos los miembros de la Armada estaba muy claro en 1936, obedecer las órdenes del gobierno legítimo y democrático que defendía la constitución y la república. ¿Tan difícil resulta para algunos reconocer ese hecho?

En cualquier caso, las obras citadas de F. Moreno Fernández y M. Benavides pertenecen a una época muy próxima a la GCE en la que el discurso ideológico tiñe por completo el resultado historiográfico. No son, no obstante, literatura testimonial, pues ambas pretenden, cada una a su manera, ofrecer una visión de conjunto de las causas, desarrollo y desenlace de la GCE en el seno de la Armada; pero Moreno, por razón de su cargo y posición durante la dictadura, tiene pleno acceso a la información, archivos y datos que precise, mientras que Benavides es un exilado que apenas dispone de recursos documentales, salvo los de una ingente labor de entrevistas cruzadas con los supervivientes. Moreno no trabaja en pro de la reconstrucción de los hechos, no es su interés, sino en la pretensión de encontrar justificación a su actuación al precio que sea; Benavides quiere rendir homenaje a los que dieron sus vidas por las libertades de todos los españoles y desmontar las mentiras urdidas para justificar el golpe; Moreno precisa esconder los hechos, Benavides recuperarlos. Son dos planteamientos opuestos. El fuego cruzado, que duda cabe, fue muy intenso.

Daniel Sueiro emprenderá su tarea con «*La flota es roja*», cuando las dificultades para un trabajo serio y objetivo eran inmensas. La dictadura consideraba estos asuntos como

2 Vide: Cervera Pery, J., *La historiografía de la guerra española en el mar (1936-39)*, Cartagena, 2008, pp. 19 y 25

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

extremadamente sensibles y no había mucho espacio para actuar; para asumir esa tarea en los años sesenta y viviendo en España se precisaba mucho valor y una gran entereza intelectual. Sueiro la tenía.

Un trabajo pionero y con rigor.

El reportaje de investigación histórica es un género que debe combinar lo mejor de dos disciplinas, periodismo e historia: exige el buen sentido del periodista para escoger los temas y los momentos, la viveza de los testimonios y la capacidad para reconstruir los ambientes, al tiempo que el rigor metodológico del historiador seleccionando fuentes, documentos, cruzando datos. Mucho, mucho trabajo, tanto que para algunos puede llegar a ser un listón demasiado alto. Sueiro nunca tuvo miedo a las dificultades y el esfuerzo y sabía, además, que rigor y objetividad son los apellidos que le ponen nombre a la tarea bien hecha.

Daniel Sueiro era hijo de un maestro nacional, de uno de aquellos maestros que vivieron la gran aventura pedagógica de los años de la República. De sus años primeros con sus padres, en aquella escuela rural en Galicia, en Ribasar, cerca de A Coruña, aprendió mucho sobre el valor del trabajo y la lectura, a leer la naturaleza y vivió la joya de una cultura bilingüe, aunque por razón de la época, Sueiro pertenece a ese gran grupo de escritores gallegos que tienen en el castellano su lengua principal. Marchó muy joven a estudiar a la Universidad de Santiago de Compostela y luego, pronto, a Madrid.

Perteneció Sueiro a la generación que vivió prácticamente toda su vida en los años de la dictadura. Fernando Valls reconstruyó excepcionalmente tanto su vida como el ambiente que le tocó vivir en el prólogo que escribió para la reedición de *«Los conspiradores»* (Sueiro, D., Premio Nacional de Literatura en marzo de 1959). Empezó Derecho, desembocó en el periodismo, pero se entregó de lleno a la escritura. Hoy le recordamos sobre todo como periodista de investigación, pero Sueiro fue ante todo un escritor. Goytisolo y Marsé pertenecen a su misma generación, y de su emoción y estilo se le suele encuadrar en el realismo español de postguerra. La propia historia de la génesis de *«La flota es roja»* es casi una novela en sí misma.

El reportaje histórico causó sensación en los años de la postguerra mundial. Una generación de periodistas e investigadores bien preparada se entregó a contar en detalle la historia inmediata y los acontecimientos que estaban labrando el siglo XX. Para un joven periodista y escritor como Sueiro, autores como Barbara W. Tuchman (*«Los cañones de agosto»*), John Reed (*«Diez días que estremecieron al mundo»*), Cornelius Ryan (*«El día más largo»*) se convirtieron en un ejemplo a seguir. Y en pleno cruce creativo, las novelas que reconstruían momentos, épocas y conflictos como las de J. Steinbeck (*«Las uvas de la ira»*), Truman Capote (*«A sangre fría»*) mostraban las posibilidades de la literatura como espejo de la vida y los procesos sociales. Pero si estas obras y autores marcaron una nueva época y abrieron nuevos cauces a la escritura y el conocimiento, seguir tales sendas en la España franquista de los años cincuenta o sesenta no era tan sencillo. Para empezar, y esto resulta casi increíble ahora, realizar un reportaje de investigación histórica en los años de la postguerra española implicaba tener que asumir que buena parte de los testigos o protagonistas podían estar muertos, en la cárcel o en el exilio. Cornelius Ryan no tuvo problemas para entrevistar a los veteranos, fueran aliados o alemanes, si habían sobrevivido a la guerra y sus combates, nadie fue a sus casas a buscarles para darles muerte o llevarles a prisión una vez concluidas las hostilidades; de igual

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

forma, el acceso a los archivos de las unidades, los diarios regimentales, las bitácoras de los buques o los cuadernos de las escuadrillas estaban accesibles en los archivos militares, a la par que las historias militares oficiales, desde el nivel de batallón, pasando por el regimental, el divisionario hasta el de ejército, se escribieron en aquellos años y pudieron ser consultadas. Nada de eso ocurría en la España franquista, donde el final de la guerra no trajo la paz. La postguerra de los países aliados había permitido desarrollar aquellos interesantes ejercicios de historia cercana, pero la situación española era muy distinta.

Fue Luis Romero, un escritor y periodista del régimen, quien rompió el fuego y se situó curiosamente en el inicio de la senda que dará lugar a *«La flota es roja»*. Romero, un falangista de primera hora, que nada tenía que demostrar ante un régimen ante el que se mostraba crítico y distante, publicó en 1964 una inesperada investigación, aunque bajo la apariencia de una falsa novela: *«Tres días de julio»*. Si la hizo, si logró realizarla fue entre otras cosas, porque pudo; sólo a un «camisa vieja» como él, le era posible franquear ciertas puertas y acceder a ciertos archivos. En esa obra, Romero contaba mediante una sucesión de secuencias dramáticas los acontecimientos que jalonaron los tres primeros días de la sublevación en 1936 que llevaría a la GCE. Quedó claro a todos que la realidad podía superar a la ficción. Parecía una novela, pero no lo era, aunque distaba de ser una obra rigurosa de investigación o una simple fabulación. El impacto entre los lectores fue inmenso: era la primera publicación desde 1939 en la que «el enemigo», «el otro», aparecía, sí, como un contrincante, pero sin caer en las grotescas caricaturas que la propaganda fascista y su pretendida «historiografía» habían fabulado.

Sueiro quedó fascinado, lo sabemos de su propia mano, pero también por sus biógrafos y prologuistas (Valls, D. Villanueva, su propia esposa, la historiadora Mari Cruz Seoane), por uno de los personajes históricos que recuperó Luis Romero: el radiotelgrafista de la Armada, Benjamín Balboa.

Se ha escrito —y el último en hacerlo ha sido el propio Cervera Pery en su obra sobre la historiografía de la guerra española en el mar que hemos citado anteriormente—, que la *«La flota es roja»* es poco más que una simple reivindicación del papel jugado en aquellos días por Benjamín Balboa, un desconocido que entra en la historia puntualmente y de la que saldría rápidamente al quedar alejado del eje de los acontecimientos. Afirmar tal cosa y quedarse ahí, en decir que estamos ante la narración de un simple anécdota, supondría desprestigiar estúpidamente ese mismo papel jugado por Balboa—pese a lo que tuviera tanto de importante o simbólico—, como dar de lado e ignorar las aportaciones historiográficas al estado de la cuestión que ofreció Sueiro en su momento y que hoy en día mantienen su valor.

Es un error considerar esta obra de Sueiro como un trabajo anecdótico sobre una parcela poco relevante; *«La flota es roja»* es uno de los primeros libros de investigación histórica apoyado en fuentes primarias y documentales que analiza con un esfuerzo notable de rigor epistemológico, el papel de la Armada Española en la conspiración que lleva al golpe de estado de julio de 1936 y describe paso a paso la evolución de los primeros meses. Atrás quedan visiones propagandísticas, autojustificadoras, ideológicas o simplemente intoxicantes.

Sueiro parte, ciertamente, de convicciones democráticas, y son esos valores los que le inducen a mantener esa tensión por buscar los hechos: ¿hubo conspiración en la Armada? ¿hubo ordenes para el asesinato masivo de inocentes marinos? ¿fue o no un desastre la actuación naval de la Armada en los primeros meses de la guerra? ¿cual fue el papel y la importancia de los

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

actores individuales en los puestos clave de la Armada, estado mayor, ministerio, emisoras, bases, buques, en la dirección y suerte de los acontecimientos? Estas y otras preguntas las intenta asumir Sueiro buscando los hechos más allá de las opiniones de unos y otros. El archivo personal de Sueiro, con sus miles de fichas sacadas del vaciado de archivos, documentos, telegramas, bitácoras de buques, entrevistas, así lo atestiguan, lo que estas páginas muestran no sale del vacío. No estamos ante un libro hecho con notas de lectura de otras publicaciones, en absoluto; aquí hay una sólida investigación de base.

Balboa, ciertamente, fue un radiotelegrafista de la Armada destinado en la emisora central de la Flota en Madrid, en Pinar de Chamartín, en Ciudad Lineal, el nexo de unión clave entre el Cuartel General de la Armada y todos los buques, acuartelamientos y bases. Su valor y su sentido del deber le llevaron a hacer fracasar los planes golpistas logrando desbaratar en gran medida la conspiración tramada por numerosos miembros del Cuerpo General dispuestos a poner los buques al servicio de la sublevación tramada por el general Mola contra la República. Balboa entró en la leyenda con su valiente actuación aquellos días. No estaba allí destinado por causalidad, sino por su condición de marino cuya lealtad a su bandera y a la constitución no se le suponía sino que estaba probada. La Armada estaba absorbiendo mal los cambios; los buques se modernizaban y se precisaba marinería, cuerpos subalternos y especialistas cada día más preparados. Una modernización tecnológica que afectaba a los equilibrios internos de una institución, la Armada, en la que sus cuadros de mando, el Cuerpo General, veían con recelo los cambios que tales mudanzas pudieran traer.

La Armada *de la nación* significaba que era la Armada *de los ciudadanos* y que el honor no era ya patrimonio exclusivo de los «caballeros» oficiales, la Armada *puesta al servicio de la nación, encontraba en los ciudadanos a los hombres con los que cubrir las nuevas necesidades de especialistas y cuadros de mando que la modernización exigía.* Y fueron muchos los ciudadanos, como Balboa, los que acudieron a nutrir las filas de la Armada como artilleros, telegrafistas, radios, ingenieros, maquinistas. Este proceso tenía lugar al tiempo que se fundaba la joven república y las tensiones que los cambios y los avances sociales producían en la sociedad española. De la Armada, la República esperaba que fuese leal a la constitución democrática de la que los españoles se habían dotado libremente y que fuese un factor de estabilidad para que, pasase lo que pasase, estuviera dispuesta para defender sin dudas la libertad, la independencia y la soberanía nacional. Balboa, un humilde y honrado suboficial, estuvo a la altura de ese compromiso; no todos pudieron decir lo mismo.

Con Balboa, Sueiro, como tantos lectores, se encontró ante una historia real que en sus detalles superaba casi cualquier fabulación dramática. Era previsible que su interés como novelista e investigador se viera atraído por aquel episodio. La sorpresa vino después. Daniel Sueiro, el novelista, quizá hubiera reconstruido literariamente aquel episodio, pero cuando a través de Manuel Andújar, destacado intelectual republicano que vivió el exilio, supo que el propio Benjamín Balboa vivía todavía en México, Daniel Sueiro, el periodista, tardó muy poco en marchar a su encuentro.

Como indica la nota encontrada en su archivo, esta obra que ahora presentamos comenzó en 1968. Sueiro entrevistó en México a Balboa e iniciaría con él una profunda amistad. Profundamente odiado por el régimen, con su nombre entre erradicado de la historia de la Armada y enlodado con todo tipo de calumnias vertidas sobre su persona, Benjamín Balboa sabía que sólo cuando España recobrara sus libertades y su soberanía podría regresar, algo que después de tantos años de exilio empezaba a temer que no le sería nunca ya posible.

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

Si Daniel Sueiro hubiera pretendido simplemente reivindicar a Balboa lo hubiera podido hacer sobradamente: lo fundamental de su historia era conocido, fuera por la prensa de la época, las aportaciones de Manuel Benavides («*La flota la mandan los cabos*»), el propio Luis Romero, incluso a través de las insidias franquistas que podrían ser contrastadas con la propia versión del actor histórico. El novelista encontró una historia real, el periodista a su protagonista, pudo todo quedar ahí, en un formidable libro de entrevistas, como otros que posteriormente se realizaron con personajes de la GCE con notable éxito o interés como fue el caso de los trabajos de Vicente Talón («*Luchamos por la República*»), Carlos Rojas («*La guerra civil vista por los exilados*») Jiménez de Aberasturi («*La guerra civil en Euskadi*»), pongamos por caso. No fue así.

Daniel Sueiro se propuso escribir la historia del golpe de julio de 1936 en la Armada, esclarecer los hechos de aquellas intensas semanas y desmontar las redes de noche y niebla que el franquismo pretendía que prevalecieran. El empeño le llevó años de intenso trabajo, con muchas dificultades, entrevistó a decenas de testigos, estudió la historiografía existente, acudió a los archivos, localizó documentos originales, telegramas, cuadernos, desafió los prejuicios y el rencor de muchos, y avanzó en territorio desconocido en gran medida, no fue fácil. Tuvo que esperar a los años ochenta para poder culminar su investigación. En 1983, finalmente, vio la luz «*La flota es roja. Papel clave del radiotelegrafista Benjamin Balboa en julio de 1936*», título completo de la obra que ahora recuperamos.

El controvertido papel de la Armada en la conspiración.

La sublevación urdida por el general Mola entre marzo y julio de 1936 tuvo en la Armada un actor de gran importancia. La Armada era la clave para favorecer o impedir que el ejército colonial cruzase a la Península. Los golpistas precisaban su apoyo o su neutralidad para lograr su empeño contra el gobierno democrático. El gobierno de la República, conocedor de la conspiración en marcha, sabía perfectamente que la lealtad de la Armada era fundamental para poder aplastar a los golpistas en la península si el golpe se llevaba a cabo finalmente. Durante años ha circulado la tesis de procedencia franquista sobre la desconexión de la Armada y el Cuerpo General con los planes de Mola. Afirmar esto es, sencillamente, desconocer la dinámica y características del golpe diseñado por Mola.

En el plan desarrollado para el golpe, bastaba la existencia de una serie de oficiales actuando como nexo de unión entre las unidades y el centro conspirativo del «director»: en el ejército de Tierra, los cuadros de la clandestina UME (Unión Militar Española) jugaron ese papel, en la Armada, oficiales muy concretos (Moreno, Otero Goyanes, Ibáñez de Aldecoa, Bastarreche...) en destinos clave eran los nudos de la trama golpista. Unos y otros necesitaban solamente la orden de inicio para actuar, confiando en que los valores compartidos por sus compañeros de promoción a quienes en gran medida estaban unidos por lazos familiares e ideológicos les permitiera sumar los apoyos y voluntades precisos para tomar el control de unidades, bases y buques. La violencia, el asesinato de los que se resistieran entre las propias filas militares estaba previsto y se llevó a cabo cuando fue preciso; iniciaron un baño de sangre que arrastraría a muchos de ellos mismos.

La Armada no fue distinta en ese sentido en cuanto a la estructura sediciosa construida por los golpistas, pero en cuanto al sentido del deber y el respeto a la bandera, a la constitución y a las libertades del pueblo español expresadas en su joven República, el Cuerpo General de la

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

Armada, la espina dorsal de la Armada, adoptó una posición sediciosa casi absolutamente mayoritaria. Fueron muy pocos los oficiales que estuvieron a la altura de su deber y se mantuvieron leales.

El papel de la Armada en la estrategia antigolpe del gobierno del Frente Popular.

¡La flota es roja! es el grito de horror y sorpresa con el que los golpistas recibieron la noticia del aplastamiento de la sublevación en la gran mayoría de los buques de la Armada. Los golpistas consideraban seguro su concurso pero no fue así. Las elecciones de febrero de 1936 marcaron el regreso del espíritu democrático de abril de 1931 y la derrota del intento de destruir la República desde arriba y desde dentro que los gobiernos de la CEDA habían desarrollado. El nuevo gobierno monocolor republicano, apoyado en las Cortes por los votos de la izquierda y la burguesía democrática, tenía como misión estabilizar la situación política, llevar adelante el proyecto de reformas sociales y contener a los extremistas. No sería una tarea fácil. Desde el principio se tuvieron que enfrentar al peligro de un golpe militar. Pese a todo lo que se ha dicho y escrito posteriormente, los gobiernos republicanos tuvieron muy presente ese peligro y desarrollaron una estrategia preventiva coordinada; que al final fracasase no significa que no existiera. No es cuestión de exponer aquí en detalle esta actuación, nos bastará con recordar que el ministro Don José Giral, tuvo un papel importante en esa tarea. Como ministro de Marina, Giral hizo cuanto estuvo en su mano para mantener la lealtad de la Armada y asegurar su condición de escudo de la nación: hubiera bastado con obedecer las ordenes y mantenerse leales para evitar la catástrofe que terminaría por asolar las filas de los cuerpos de la Armada.

Giral, a partir de una inteligente política de nombramientos y ceses, intentó contener o desalentar a los golpistas, a la par que situaba a oficiales y suboficiales de plena confianza en puestos clave. Podemos criticar desde el presente lo insuficiente de aquellas acciones, pero conviene tener presente cómo lo vivieron los actores históricos en aquellos instantes. El gobierno era muy consciente de que una amplia mayoría de los oficiales de marina estaban descontentos y eran reacios a aceptar la república, pese a ello no procedió a arrestos preventivos en la Armada ni a actuaciones fuera de la ley, intentaron en todo momento, como estado legítimamente constituido, controlar la situación, trabajar con los destinos, mantener líneas de información interna abiertas (inteligencia, diríamos ahora) sobre los movimientos de los abiertamente golpistas y, en el fondo de todo, confiar en que el sentido del deber y la responsabilidad se mantuvieran en las filas de los cuadros de mando de la Armada. Política prudente pero que no evitó el golpe, pues desgraciadamente lo que se impuso fue la ideología reaccionaria y homicida de un núcleo de fanáticos que fue capaz de arrastrar consigo a sus compañeros de armas, fuera hacia la sublevación entusiasta o hacia la negativa a cumplir las ordenes de defender la República cuando el golpe estalló.

La actuación de Giral no fue en el vacío, ni su excesiva prudencia una actuación personal. El presidente del gobierno en julio de 1936, Sr. Casares Quiroga, conocedor en cierto detalle de los planes golpistas desde junio, temía que una detención sin pruebas del «director» del golpe en marcha, Mola, acabara por causar una cadena espontánea de sublevaciones en las guarniciones que podrían crear un caos difícil de atajar: el suceso de los «capitanes de Alcalá» de Henares en junio de 1936, le convenció de ello. Como factor añadido estaba el estado de alarma en el que se encontraba toda la base social de la izquierda, a través de cuyas

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

organizaciones sociales y políticas fluían las noticias de la existencia de un golpe militar en estado de gestación; la presión sobre el gobierno para que actuara de forma más contundente era constante en las Cortes, en la prensa y en la calle. Se oían voces que demandaban así mismo la entrega de armas a la población en caso de materializarse la agresión desde sectores del ejército. El gobierno mantuvo una posición muy firme: nada de armar a la población, el estado tenía recursos —consideraban— para hacer frente a los golpistas y si estos finalmente actuaban, se veía posible contenerles; una cesión del monopolio de la fuerza desde el estado de derecho sería posteriormente muy difícil de reconducir y podría causar nuevos problemas. Esta directriz clara del presidente Casares Quiroga, significaba que la República no había claudicado de su compromiso como estado de derecho como tantas veces ha pretendido afirmar el discurso golpista o revisionista. Solamente cuando entre las primeras horas del 17 y la noche del 18 al 19 de julio, la extensión de la sublevación y su carácter extremadamente violento y homicida rompe la unidad del ejército y las fuerzas de seguridad, el gobierno republicano se ve obligado a acudir a la población para defender a la República.

En las semanas anteriores al drama de julio del 36, las ordenes que recibe el Director General de Seguridad, J.A. Mallol, son claras: Mola sería detenido en cuanto fuera posible, pero sólo con pruebas flagrantes. El paso de Mola por la Dirección General de Seguridad durante el gobierno Berenguer le había permitido hacer contactos con oficiales de los cuerpos de policía y seguridad que le fueron muy útiles en 1936 para escapar al dispositivo montado por Mallol. El comisario Martín Baguenas, destinado en la DGS en Madrid, filtraba clandestinamente a Mola los detalles de los operativos de vigilancia dispuestos sobre él. El respeto a la ley, al estado de derecho y la prudencia que mantuvo el gobierno Casares Quiroga fueron ampliamente utilizados por los golpistas precisamente para luego destruirlos.

En la arriesgada apuesta de Casares Quiroga por contener lo inevitable, había una baza que en su gobierno creían segura: la Armada. Si el golpe era inevitable, fuera organizado (Mola) o espontáneo (sublevaciones de miembros de la UME en el caso de una detención de Mola), Giral debía actuar para asegurar la lealtad de los buques y bases en el caso de una sublevación en la Península o en Marruecos. En ambos casos, el Estrecho debería ser una barrera infranqueable para los golpistas y un puente para los leales. Separar a las guarniciones peninsulares de las africanas era básico dado el caso. Mola, tras su condena por el apoyo al golpe de Sanjurjo, había sido indultado y readmitido en el ejército durante los años del gobierno de la CEDA, siendo además promovido al mando del ejército colonial en Marruecos. En el tiempo pasado por Mola en Marruecos, se había dedicado intensamente a promocionar oficiales ideológicamente antirrepublicanos y a aislar en las unidades a los leales. Tras las elecciones de febrero de 1936, el nuevo gobierno del Frente Popular destituyó a Mola del mando en África y procedió a nuevos nombramientos de altos mandos: casi en su totalidad, resultarían detenidos y asesinados por los golpistas en los primeros días del golpe en Marruecos.

Los hechos son conocidos. El golpe se precipita el 17 de julio en Marruecos y en los días siguientes las piezas de la conspiración se irán activando irremediabilmente en toda España. La estrategia antigolpe del gobierno de Casares Quiroga no ha surtido efecto del todo; amplias zonas de la península quedan bajo control golpista, mientras que en otras resultan aplastados por una combinación de fuerzas leales y paisanos apresuradamente armados. Casares dimite y tras un estéril intento de dialogo que impidiera un enfrentamiento civil, se forma un nuevo gobierno presidido por Giral para hacer frente a la terrible situación. Pero del viejo plan antigolpe del

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

gabinete Casares, queda todavía una baza por jugar y que bien llevada podría yugular la sublevación en pocas semanas: la lealtad de la Armada y un bloqueo efectivo del Estrecho. Y llegados a este punto, Daniel Sueiro asume la tarea de reconstruir los hechos.

Un suboficial de la Armada, Benjamín Balboa, un buen profesional, había sido destinado a la estación de radio de Ciudad Lineal formando parte de una pequeña dotación de especialistas fuera de toda duda: su misión era clara, cumplir con su deber. Era masón, es cierto, un detalle sobre el que se cebaron sus enemigos y al que Sueiro dedica cierto detalle, pero que a la postre es secundario: hubo masones que se sublevaron y otros que no lo hicieron, que Balboa tuviera esa filiación cultural o social puede hablarnos de sus valores, de sus emociones, del clima de su época y del sueño ilustrado que encarnaba aquella tradición, pero no es determinante. A su lado estuvieron otros leales que no compartían esa filiación, enfrente otros que sí. Balboa fue leal porque practicó la virtud, es decir, la coherencia entre sus valores y su conducta y por ello, como ciudadano, como militar y como marino decir su nombre es sinónimo de honradez.

La obra de Daniel Sueiro no se para en la actuación de Balboa de los primeros momentos, ofrece una reconstrucción impecable de la lucha por bloquear el Estrecho de Gibraltar en las primeras semanas, un periodo y unos hechos sobre los que falta luz y sobran prejuicios.

Sueiro demuestra cómo la Armada Española bloqueó eficazmente el Estrecho en días clave. Solamente una intervención extranjera con diferentes expresiones logró impedir que la Armada impidiera el auxilio africano al fracasado golpe de Mola en la península. La decisión personal de A. Hitler el 25 de julio de 1936, permitió un puente aéreo que llevó a los sublevados a la ofensiva, la intervención italiana permitió el acoso aéreo a los buques y levantar con ello el cerrojo inicial y la actuación británica negó a la Armada Española bases cercanas y operatividad logística.

El periodo estudiado por Sueiro acaba con la reestructuración emprendida por el gobierno de Largo Caballero y su ministro Indalecio Prieto pocos meses después. Benjamín Balboa, nombrado subsecretario de Marina por el gobierno Giral, fue posteriormente destituido y su caída marca el final de un periodo y una política.

Es algo implícito en *«La flota es roja»*, pero conviene explicitarlo. Balboa representaba una Armada donde las tripulaciones, articuladas a través de los comités de buque, aseguraba la lealtad de las unidades y el cumplimiento de las ordenes; pero la defección de buena parte de los oficiales y la dudosa lealtad de otros muchos le restó eficacia operativa. Siendo esto rigurosamente cierto, muestra sin embargo el heroísmo de las dotaciones al tratar de mantener los buques operativos, el patriotismo del puñado de oficiales leales y las extraordinarias dificultades que tuvo que afrontar la República. Un factor a tener en cuenta en el problema del uso del arma naval durante la GCE fue el del tradicional desconocimiento de su importancia y posibilidades estratégicas entre los responsables de la conducción de la guerra, fueran miembros de los gobiernos o militares de otras armas; no era algo nuevo causado por la peculiar naturaleza de la GCE, se trataba de un problema secular. Buena prueba de ello la tenemos en los primeros días del conflicto, cuando se desautorizó el desembarco en fuerza en Algeciras propuesto por el mando naval operativo en el Estrecho, o cuando se abandonó la lucha por las islas Baleares, decisiones que tendrían graves consecuencias tomadas por mandos militares profesionales en el primer caso o por los responsables gubernamentales de la conducción de la guerra.

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

Balboa, aunque suene extraño a muchos, era partidario de dejar la política de partido fuera de los buques, fuera de la Armada, y asegurar la lealtad de las unidades sobre la base de los comités; combinar comités de buque y oficiales de complemento salidos de la marina mercante (como los empleados en Euskadi) más los leales, hubiera sido una línea de actuación que podría haber dado buenos resultados pero que fue truncada por el ministro Prieto. Balboa, como el propio gobierno Giral primero y el de Largo Caballero después, hizo cuanto pudo por impedir la represión indiscriminada e ilegal que se cebó en los cientos de mandos rebeldes prisioneros; una de las primeras tareas, una vez en la subsecretaría de Marina, fue la de reconstruir el sistema de justicia militar naval para cortar la represión, someter a juicio a los sediciosos y restablecer el imperio de la ley.

La República reorientó su política de Defensa y en ella la de la Armada, se optó por llamar a la disciplina a las unidades y reconstruir sus escalas de mando. En la Armada eso significaba el fin de los comités, la aparición de comisarios delegados de guerra por buque, todos con afiliación partidaria, y la recuperación de numerosos oficiales que no eran necesariamente bien vistos por los hombres. Balboa fue destituido y pasó a un segundo plano, la historia siguió su marcha y, finalmente, la guerra evolucionó negativamente para la República. La actuación de la Armada durante la lucha dejó mucho que desear pese a la «reestructuración» llevada a cabo por Prieto, hasta llegar al terrible final en el que los buques y sus comisarios y oficiales desertaron —es el caso de Bruno Alonso y de Buiza— en los momentos previos al golpe de Casado siguiendo sus ordenes, arrebatando con ello a la República su última arma estratégica y su único instrumento para evacuar miles y miles de vidas. Incluso en esa hora final, cuando un nuevo golpe militar sacude la república, no faltaron marinos leales, marinería, jefes y oficiales aunque fueron reducidos por los nuevos golpistas y confinados en los buques que ya navegaban camino de Bizerta.

No fueron los comités de buque la causa exclusiva o definitiva del erróneo uso de la Armada durante el conflicto: la falta de oficiales fue un problema, pero no el único. Muchos de los nuevos cuadros o de los recuperados para la guerra demostraron ser muy poco fiables, pero, con todo, lo peor no fue eso. Lo peor fue la falta de visión estratégica por parte del mando militar y político del gobierno republicano en la conducción de la guerra, además de las restricciones de tipo político que se hicieron a la actuación naval.

El papel de la Armada en el transcurso de la guerra no es el objeto de este libro, solamente los primeros meses. Daniel Sueiro acaba su relato un tanto abruptamente, regresando al hombre, al protagonista cuya vida y trayectoria se cruzaron con la suerte de las libertades de todos los españoles en unos días terribles. La suerte de la República Española y las decisiones políticas sobre cómo llevar el conflicto tuvieron mucho que ver con los fallos de la conducción de la guerra naval: imposibilitada la Armada para actuar en bloque por falta de reservas estratégicas de combustible, sin suministros de municiones, torpedos o repuestos, con el acoso aéreo y marítimo italiano y alemán, sin derechos reconocidos de beligerancia en el mar, sin poder interceptar buques mercantes enemigos por imposiciones políticas, la suerte de la República quedó echada; hoy en día puede parecer increíble, pero la Armada tuvo vedado acosar el tráfico enemigo o atacar a los transportes militares italianos o alemanes; las bravatas y la autocomplacencia de Moreno Fernández, Carrero Blanco y otros marinos rebeldes que reescribieron a su manera la historia naval del conflicto ignoran siempre que la Armada Española a la que combatieron tenía las manos atadas, nunca tanto por un problema de incompetencia militar táctica o técnica (el bloqueo del Estrecho, los combates de Cherchel o

Seminario de sociología crítica. Departamento de Ciencias Sociales, URJC. Texto: García Bilbao, P.A., «Sobre *¡La flota es roja!*, de Daniel Sueiro y algunas cuestiones en torno a la Armada Española durante la Guerra Civil», en Sueiro, D., *La flota es roja...*, Silente, Guadalajara, 2009 [2ª], pp. 6-11.

Cabo Palos lo atestiguan) como de restricciones estratégicas por cuestiones de política internacional. La conclusión es clara: no se pueden ganar guerras en las que no se puede disparar al enemigo. Balboa sabía esto perfectamente pero fue arrojado del gobierno y de la dirección de la guerra

Para Balboa, al final, como para muchos miles de españoles, quedó el exilio, reconstruir la vida en una tierra lejana, la pérdida del sueño de una España libre y dueña de sus destinos. Sueiro se asomó a la vida privada del héroe olvidado, conoció al hombre y le acompañó sus últimos días. Finalmente, entre mayo de 1981 y enero de 1982, Daniel se encerró con el producto de varios años de serio trabajo de investigación y dio forma a este formidable ensayo que hoy recuperamos. Sigue siendo una de las mejores obras de investigación histórica sobre la guerra civil española y por su forma, estilo y rigor, una pieza muy singular; es un trabajo pionero que ha sido complementado posteriormente por obras de otra envergadura y desempeño, pero que en su momento subió el listón de la historiografía sobre la GCE. Su publicación es, por supuesto, un homenaje a Benjamín Balboa y a todos los marinos españoles que lucharon y dieron sus vidas por las libertades de los españoles y su independencia y soberanía nacional, pero también es un sentido recuerdo a un hombre bueno, trabajador y excelente profesional como fue Daniel Sueiro.

Pedro A. García Bilbao
URJC

pedro.garcia.bilbao@urjc.es